

## ASPECTO FILOSOFICO - ANTROPOLOGICO DEL PROBLEMA DE LA MODERNIZACION

Por

CARLOS TEALDI

Vamos a intentar llevar a cabo una reflexión filosófica sobre el fenómeno de la modernización. Trataremos de analizar el por qué de este fenómeno, sus presupuestos antropológicos y, también, el sentido que la modernización debe tener para que promueva un desarrollo efectivo de todas las posibilidades inherentes a la naturaleza del hombre. Todos los especialistas en el tema están de acuerdo en afirmar que el fin de la modernización no puede ser sino el hombre. Un autor ha dicho: el fin es "todo el hombre" y "todos los hombres". Las diferencias comienzan a surgir cuando se trata de responder a la pregunta fundamental qué es el hombre. A continuación, procuraremos exponer los puntos más importantes de la antropología filosófica que debe servir de base a un verdadero y auténtico proceso de modernización.

### *El hombre como persona.*

¿Qué es el hombre? El hombre es el único ser del universo físico que ha recibido el nombre de persona. Decir que el hombre es persona es reconocer en él una dignidad superior dado que persona significa "lo más perfecto que hay en toda la naturaleza"<sup>1</sup>.

La filosofía tradicional ha definido la persona, metafísicamente, como el ser que subsiste en la naturaleza espiritual, o también, el ser subsistente de naturaleza racional. Tratemos de comprenderlo en el

<sup>1</sup> SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, I, c. 29, art. 3.

caso del hombre. El hombre es, en primer lugar, una unidad de ser, un individuo, un ser que existe en sí, no en otro, separado de todo otro. Técnicamente, el hombre, por su autonomía en el existir, es un ser subsistente, es una substancia. Pero esta unidad se encuentra en todos los seres singulares y concretos. También el animal existe en sí, también la planta y la piedra. ¿Presenta el hombre como unidad alguna característica especial?

Ocurre que el hombre, si bien es un ente corpóreo, no permanece atado a su naturaleza material. El ser humano goza de una apertura originaria que le permite trascender los límites que le impone su propio cuerpo. Maritain afirma en una de sus obras<sup>2</sup> que el mejor camino para descubrir la estructura de la persona es considerar el acto del amor. En efecto, el ser puramente material no posee ninguna clase de autonomía que le haga capaz de darse sin perderse. Aquí es necesario pasar al orden del espíritu, pues sólo el espíritu, en razón de su misma inmaterialidad, es capaz de estar presente en el otro sin dejar, al mismo tiempo, de estar presente en él mismo. El amor en su autenticidad parte del espíritu para ir al espíritu o, dicho de otro modo, brota de una persona para alcanzar una persona.

No solamente el amor prueba esa apertura esencial del ser humano. Lo mismo ocurre con el acto del conocimiento. Si por el amor el hombre puede entregarse sin perderse, por el conocimiento es capaz de acoger a otro sin destruir y sin destruirse a sí mismo. Esta capacidad de trascendencia está indicando claramente que el hombre no es una unidad meramente física sino una unidad espiritual y por eso es persona.

Por ser unidad espiritual el hombre es también interioridad, presencia interior transparente a sí misma, ser para sí. Ortega<sup>3</sup> descubre en el poder de "ensimismarse" un atributo esencial del ser humano. Teilhard<sup>4</sup> afirma que el animal sabe, desde luego; pero, ciertamente,

<sup>2</sup> La persona y el bien común.

<sup>3</sup> ORTEGA Y GASSET, J., *El hombre y la gente*. Madrid, Revista de Occidente, 1958, I.

<sup>4</sup> TELHARD DE CHARDIN, P., *El fenómeno humano*. Madrid, Revista de Occidente, 1958, p. 164.

“no sabe que sabe”. La reflexión torna al hombre un ser “radicalmente” otro. Scheler<sup>5</sup> destaca como una de las propiedades del espíritu la “conciencia de sí”. Esta interioridad es el fundamento mismo del dominio de sí y de la libertad. Porque el hombre tiene conciencia de sí, porque puede “convertir en objetiva su propia constitución fisiológica y psíquica, afirma Scheler, sólo por esto puede también modelar libremente su vida”<sup>6</sup>. Efectivamente, un ser que no fuese autoconsciente no podría gozar de libertad. La libertad le permite al hombre decidir su destino, construirse a sí mismo de acuerdo a los fines que él mismo se propone. El hombre es persona porque existe en la forma más densa y más perfecta: es una existencia consciente, libre, dueña de sí misma. En suma, porque es una unidad espiritual, porque es un ser subsistente de naturaleza racional.

Pero el hombre no es un puro espíritu como tampoco es una pura persona. Su personalidad es la de un individuo material, que participa del mundo del espacio y del tiempo. El hombre, como dice Gabriel Marcel, es un espíritu encarnado. Por su unión con un cuerpo el espíritu adquiere toda una individualidad biológica, psicológica y social que no tendría sentido aplicada a un espíritu puro. Pero el espíritu se une a un cuerpo en la medida en que un espíritu puede hacerlo, es decir, permaneciendo en la línea del espíritu y, por consiguiente, poseyendo y trascendiendo siempre infinitamente su cuerpo. La persona humana es, pues, un espíritu a la vez inmerso y emergente, inmanente y trascendente al cuerpo. Santo Tomás lo expresa con estas palabras: “El alma humana se halla en los confines de las sustancias corporales y como en el horizonte del tiempo y de la eternidad”<sup>7</sup>. Por ello percibimos la complejidad fundamental de la estructura del hombre, que por su espíritu es un ser situado fuera del espacio y del tiempo, pero que por su cuerpo tiene que desarrollarse en ellos.

<sup>5</sup> SCHELER, M., *El puesto del hombre en el cosmos*. Buenos Aires, Losada, 1960, p. 64 y sig.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 68.

<sup>7</sup> SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma contra Gentiles*, II, 81.

La persona humana tiene que desarrollarse, en efecto y aquí entramos en una nueva consideración. El hombre aparece en el mundo como una realidad inacabada, como un ser incompleto y, por consiguiente, como un ser que debe completarse, ultimarse. Ortega dice: "el hombre es el ente que se hace a sí mismo"<sup>8</sup>. Y Sartre: "el hombre no es otra cosa que lo que él se hace"<sup>9</sup>. Digamos más prudentemente: la naturaleza le ha dado al hombre solamente su estructura más general, su modo peculiar de conocer y de obrar. Pero este aspecto estable no constituye todo el hombre. Sobre esa estructura se levanta como un segundo piso, por así decir, que no está determinado por la naturaleza sino sometido a su propia acción creadora y a su decisión. El hombre es un complejo de naturaleza y cultura, una especie de "centauro ontológico" como diría Ortega. A diferencia del animal que lo tiene todo por la naturaleza, el hombre tiene necesidad de construir su ser, de producirse a sí mismo en cierto modo hasta el fin. Por todos los caracteres señalados el hombre ha merecido, lo decimos una vez más, el nombre de persona. Decir que el hombre es persona es afirmar, en síntesis, que es un ser individual abierto al mundo del conocimiento y del amor, que es un ser consciente y dueño de sí mismo, que es un ser libre y dueño de su destino. Estos caracteres hacen que el hombre sea reconocido como un ser único y exclusivo en el universo, un ser que tiene sentido y valor por sí mismo y que, por lo tanto, nunca pueda ser tratado como un simple medio.

¿Qué consecuencias puede tener este primer análisis en el problema de la modernización? Pensamos nosotros que todo proceso de modernización, para ser auténtico, deberá basarse fundamentalmente en un reconocimiento concreto y eficaz de la dignidad de la persona humana, o también, de la persona humana como totalidad. "Si el hombre es llamado persona, afirma el filósofo contemporáneo Alberto Dondeyne, es porque se presenta a sí mismo como un para-sí, es decir, un fin-en-sí, que existe para su propio bien. Por esta razón, la afirmación

<sup>8</sup> ORTEGA Y GASSET, J., *Obras Completas*, T. VI. Madrid, Revista de Occident, 1958 p. 33.

<sup>9</sup> SARTRE J. P., *El existencialismo es un humanismo*, en "Sobre el humanismo". Buenos Aires, Sur, 1960, p. 16.

kantiana de la primacía de la persona humana contiene una verdad definitivamente adquirida. Es sabido de todos que, para Kant, esta afirmación representa el axioma supremo de toda ética: obra de tal manera que trates a la humanidad tanto en tu persona como en la persona de los demás, como un fin y no como un medio"<sup>10</sup>. Toda modernización que mediatizara al hombre, que lo instrumentara en función de fines económicos, políticos o ideológicos, estaría atentando contra esa estructura profunda y exclusiva del ser humano, su estructura de ser singular, único, consciente, libre y dueño de sí mismo.

*La realización del hombre como ser encarnado.*

Pero debemos detenernos un poco en la condición del hombre como ser encarnado. Esto nos va a ayudar a comprender el por qué del fenómeno de la modernización.

Definimos al hombre como un espíritu encarnado, pero además, como un ser incompleto, un ser que debe realizarse. En tanto ser encarnado el hombre está ligado esencialmente al mundo de la materia, es un ser-en-el-mundo, utilizando la expresión de Heidegger. Su realización, por consiguiente, si quiere ser verdadera, nunca podrá efectuarse con prescindencia del mundo.

Notemos la situación paradójica en la cual se encuentra el hombre con relación al mundo. Por una parte, se descubre a sí mismo como habitado por un deseo insaciable de libertad y liberación. Tiende a una realización cada vez más completa de todas sus posibilidades y experimenta esta realización como la supresión del estado de servidumbre en que lo tiene sumido, de alguna manera, el mundo material. Sabemos que el hombre primitivo, más que dueño de la naturaleza, es su esclavo.

Pero, por otra parte, esta liberación no puede llevarse a cabo si no es con la ayuda de esa misma materia. Esta representa para el hombre un obstáculo y a la vez un apoyo, una prisión y a la vez un ins-

<sup>10</sup> DONDEYNE, A., *Fe cristiana y pensamiento contemporáneo*. Madrid, Guadarrama, 1963, p. 380-381.

trumento que le permite liberarse. Incluso para el desarrollo de sus actividades más inmateriales necesita el hombre el concurso de la materia: no hay ciencia sin laboratorios, ni vida estética sin obras de arte, ni virtud moral sin un comportamiento ético que se exteriorice en actos concretos. El reconocimiento del valor de la persona humana no pasaría de ser un sentimiento ineficaz si no se objetivara en un régimen económico, social y político más justo y digno del hombre. En una palabra, para realizarse a sí mismo el hombre debe asociar el mundo a su propia realización. Uno de los grandes méritos de la filosofía contemporánea, en sus distintas corrientes, es el haber puesto de relieve que el hombre sólo se humaniza humanizando el mundo, sólo se cultiva creando a su alrededor un mundo de civilización y de cultura. El filósofo francés Merleau-Ponty lo ha expresado con otras palabras: "La historia reposa en el trabajo, pues el trabajo no es la simple producción de riquezas sino, de un modo más general, la actividad mediante la cual el hombre proyecta a su alrededor un medio humano y rebasa los datos naturales de su vida"<sup>11</sup>.

Como conclusión de este segundo análisis podemos decir que la modernización no es sino un fenómeno que responde a una exigencia de la misma naturaleza del hombre que, como ser encarnado, no puede realizarse auténticamente si no es con el concurso del mundo al cual está ligado.

Ahora bien, la relación que existe entre el hombre y el mundo de modernización que él mismo crea no es una mera relación determinista, sino una relación dialéctica que hace que los dos se correspondan y se influyan mutuamente. Para realizarse a sí mismo el hombre transforma el universo en un mundo de civilización y de cultura y éste a su vez modela al hombre y le invita a realizarse más perfectamente y según nuevas dimensiones. Lo cual no significa, desde luego, que la modernización provoque, automáticamente, el perfeccionamiento del hombre según un encadenamiento necesario y obvio. Las obras de ingeniería no suscitan automáticamente ingenieros, ni los museos

<sup>11</sup> MERLEAU-PONTY, M., *Sens et Non-sens*, citado por Dondeyne A., op. cit., p. 88.

artistas. Otro tanto ocurre con la vida social y política. Si bien es cierto que el reconocimiento de la dignidad del hombre supone un orden económico y social más humano, también es verdad que este reconocimiento exige una caridad vivida de forma más consciente. Allí donde el hombre se presenta y actúa, aparece su libertad como facultad originaria.

*Objetivos fundamentales de una auténtica modernización.*

Por todo lo expuesto, pensamos que una verdadera liberación del hombre y de la humanidad sólo podrá lograrse si la modernización es capaz de cumplir simultáneamente con estos tres objetivos fundamentales. La promoción del bienestar material en base a un desarrollo de la técnica industrial y una distribución más equitativa de la riqueza constituye, ciertamente, la condición básica, pero ella sola no es suficiente. La experiencia de la historia nos advierte contra el excesivo optimismo de quienes piensan que el cambio de las condiciones económicas produce por sí, automáticamente, mejores situaciones personales y sociales. "Observamos con amargura, dice Juan XXIII en su encíclica *Mater et Magistra*, que en las naciones económicamente desarrolladas no son pocos los seres humanos en quienes se ha amortiguado, apagado o invertido la conciencia de la jerarquía de los valores; es decir, en quienes los valores del espíritu se descuidan, olvidan o niegan mientras los progresos de las ciencias y de las técnicas, el desarrollo económico, el bienestar material, se pregonan o defienden frecuentemente como preeminentes y aún se ensalzan como única razón de la vida"<sup>12</sup>. El bienestar material en base al crecimiento económico tiene prioridad, pero él solo no basta. El hombre "total" exige también una segunda condición: su educación. El fin de una educación auténtica es precisamente liberar y desarrollar en equilibrio armónico todas las posibilidades que existen en el hombre y particularmente lo mejor y más alto que hay en él: su dimensión espiritual

<sup>12</sup> *MATER ET MAGISTRA*. Buenos Aires, Ed. Paulinas, 1961, p. 55.

con su apertura a los valores más elevados y más universales. Sin esta educación el hombre corre el peligro de permanecer esclavo no sólo de sus pasiones, de sus instintos, sino también del confort material. Es inútil, para el verdadero progreso del hombre, que se aumenten los salarios de los trabajadores, si no se les educa simultáneamente para que sepan hacer uso de ellos. Por último, la verdadera emancipación del hombre exige, como tercera condición, un reconocimiento más auténtico del hombre por el hombre. Este reconocimiento significa un respeto más grande de los demás, un espíritu creciente de justicia y de fraternidad que se concreten en instituciones más dignas del hombre, tanto nacionales como internacionales. Sin este respeto de la persona humana sin distinción de razas o naciones, o, en términos cristianos, sin la caridad del prójimo que nos hace amarle por sí mismo, todo el esfuerzo de modernización puede convertirse en un instrumento de dominación y de destrucción del hombre por el hombre.

François Perroux nos advierte que "el desarrollo es la combinación de cambios mentales y sociales de una población"<sup>13</sup>. En efecto, no sólo cambios sociales, sino también cambios mentales. Modernizar es, también, hacer que los hombres se sientan cada día más responsables del futuro de su nación y de la humanidad.

La historia humana no constituye una sucesión de acontecimientos sin orden ni concierto, aunque tampoco se parece en nada a una avenida rectilínea y de un solo sentido. Por la inmensa variedad de individuos y de pueblos que intervienen en ella y por la multiplicidad de valores que el hombre es capaz de realizar, la historia de la humanidad presenta una enorme complejidad. Sin embargo, a pesar de todo, se puede hablar de un sentido de la historia. Este sentido de la historia reside, en último término, en la liberación progresiva del hombre y de la humanidad, gracias a un conocimiento más perfecto de las leyes de la naturaleza, al progreso incesante de la técnica y a un conocimiento más auténtico del hombre por el hombre.

<sup>13</sup> Citado por SERRANO B., *Los imperativos del desarrollo*. Revista "Cuadernos del Sur", nos. 6-7, Febrero 1965, p. 48.



Pero ese sentido no habrá de cumplirse como resultado inexorable de un devenir dialéctico ascendente. como afirma la filosofía marxista, ni tampoco en base a una fe ciega en el progreso indefinido de la humanidad, como piensa el positivismo. El hombre de hoy debe tomar conciencia de que el futuro no es la otra mitad de film que va a desarrollarse antes de que llegue el final del mundo y con relación al cual no tendría otra misión que la del espectador pasivo que espera con indiferencia. Si bien tampoco debe considerarse dueño absoluto del futuro, sí debe sentirse como un ser que comprometiéndose en la historia, contribuye él también a hacer el futuro. En este sentido, un auténtico proceso de modernización debe, también, contribuir a que los hombres sean más conscientes de su responsabilidad y ser una invitación permanente a que pongan manos a la obra en la construcción del mundo del futuro, que debe ser un mundo mejor, un mundo más justo y más digno del ser humano, un mundo al servicio de "todo el hombre" y de "todos los hombres".



"Tres hermanas", xilografía

OSCAR E. LUNA